

mienda el ejemplo de Edmundo de Amicis, que al hablar de España antepuso la poesía á la verdad. Yo siempre he creído que deben ir juntas. Por lo demás, aunque nos desuellen fondistas y cicerones, Italia es tan hermosa, que allá volveremos de coronilla así que nos lo permita el tiempo.

ACQUA VERGINE.

LOURDES 21 DE ENERO DE 1888.

Felices los pueblos que no tienen historia, dicen por ahí, y yo añado que otro tanto puede afirmarse de los romeros cuando viajan. El regreso nuestro no ofrece lance alguno: venimos navegando en una balsa de aceite. Verdad que somos un grupo contado de veinticinco personas no más. El grueso de nuestros compañeros salió de Roma en dos tandas: una el día 8, después de la audiencia de León XIII; otra el 17, después de la solemne ceremonia de la canonización; y nosotros nos quedamos rezagados hasta el 18, en que emprendimos la vuelta sosegada y gratamente, aprovechando los mejores trenes, y pareciéndonos mentira que fuese aquél el mismo camino por donde un mes antes habíamos rodado como peletas, sufrido persecuciones y calamidades sin número, cabeceado de sueño detenién-

donos á horas increíbles, y asaltado las cantinas de la estación para beber cuatro sorbos de caldo, mientras el silbato de la locomotora se mofaba de nosotros como un pájaro burlón, convirtiendo en segundos los minutos reglamentarios.

La impresión del regreso en mi alma es la de una restauradora paz y una cordialidad infinita de la naturaleza. Hace un tiempo primaveral, delicioso; pasamos de día por Niza, Monte Carlo y San Remo, y los ojos se nos deslumbran con el riquísimo azul del Mediterráneo y el verde y oro de los naranjales, que nunca se acaban. ¡Cuán poco artística es nuestra época, al menos en lo que se refiere á arquitectura! Estas ensenadas, que parecen otras tantas conchas llenas de líquido záfiro; estos huertos de naranjos y laureles, dignos de servir de refugio á la ciprina diosa, piden á gritos el edificio circular, la columnata en que el sol juega libremente, el ático de mármol y el patio descubierta de mosaico, con su piscina donde nadan los rojos pececillos de Venus. Á la edad moderna no se le ha ocurrido cosa mejor que sembrar este mitológico país de los horribles hoteles que ahora se estilan, grilleras de ladrillo, cal y pizarra,

en cuyas fachadas, teñidas del rosa salmón más inicuo, se ostenta el gigantesco reclamo de un dentista norte-americano ó anuncios del agua maravillosa de *Sarah Félix*... ¡Ah, siglo décimo nono! ¡Ah, siglico de cartón!

Al caer de una tarde no menos serena que las anteriores, nos bajamos en Lourdes, pues de esta vez, para que todo marche viento en popa, hasta se nos consiente descansar en la santa montaña y verla y recorrerla. Apenas nos suelta el coche en el hotel y nos quitamos el polvo de las manos y cara, emprendemos á pie el camino de la gruta. Brillan en el cielo las estrellas con centelleo misterioso y apacible; en la atmósfera, tibia y muda, flota el olor de los pinos; el silencio es majestuoso, y la tranquilidad incomparable, sobre todo así que logra uno zafarse de las quince ó veinte mujeres bearnesas que le asaltan para venderle un cirio, alegando que son muy *po-bretas* y han menester *oua limousnato*. Consiguiendo espantar á estas pegas de montaña, se baja por las enarenadas sendas del parque hasta que, á una revuelta del camino, nos detiene, sobrecogidos de respeto, claridad vivísima, la luz de centenares de

cirios que, favorecidos por la quietud del aire, se consumen al pie de la blanca aparición incrustada en el sombrío hueco del peñascal. No se escucha sino un rumor argentino, tenue, como el desgrane de una sarta de cuentas de cristal sobre una superficie lisa: son los tres caños de la fuente milagrosa, que brotó del suelo árido al lacearlo con sus uñas febriles la vidente Bernardeta.

Ayudando la frente contra la verja de hierro que de noche defiende la gruta sin ocultarla, las romeras rezan y sollozan; yo miro fascinada el espectáculo, y me parece que la cándida Mujer va á abrir los labios y á pronunciar con voz más musical que el rumor de los pinares: «Soy la Inmaculada Concepción.» El techo de la gruta está erizado de una selva extraña, una selva de troncos muertos, sin hojas ni raíz... Son muletas, muletas á centenares, muletas á miles; muletas de cojos y de paralíticos, muletas forradas de terciopelo con clavos de plata y muletas de palo de espino sin desbastar; el sostén del rico inválido y el triste puntal del callejero mendigo... Los que un día usaron esas muletas, salieron de la piscina de Lourdes arrojándolas, como

arrojó su camastro el tullido del Evangelio, y se fueron de aquí andando por su pie, locos de júbilo... Virgen blanca, la que estás en la negra gruta, tú sabes que en los tiempos que atravesamos rara es el alma que no siente la parálisis parcial ó total, el alma que no gasta muletas. Bien como las alas del ángel movían la superficie de la piscina probática, conviene que tu soplo agite nuestros espíritus. Y entonces colgaremos las muletas en tu gruta, así sean de oro con perlas y esmaltes.

Declaro que en Lourdes lo hermoso es la cueva, la montaña, el panorama; en cuanto á las construcciones, sin exceptuar la basílica y aun la cripta, tienen algo de estilo de confitería, de grandezas de alfeñique, como todas las creaciones del gótico moderno, recalentado y no sentido. ¡Qué delirio, erigir hoy una iglesia ojival! ¡Qué melancolía, seguir el pensamiento del arquitecto, discernir su penoso trabajo de imitación, notar sus esfuerzos estériles por acercarse á los maestros que duermen á la sombra de las catedrales viejas, ó de rodillas al pie de un pilar, como el Mateo que ideó la *Gloria* de Santiago! Yo creo ver á un caballero de gabán, hongo y corbata, que tiene en

el bolsillo el último número del *Figaro*, y que tal vez sale del café Riche, donde almorzó ostras y *rumsteack*; y este caballero se inclina sobre un papel, con el lápiz en la diestra, y en su memoria, cargada de erudición sacro-profana, rebusca los elementos de un templo gótico, lo mismo que un cocinero tratando de recordar los ingredientes para una ensalada rusa.

Además, para españoles, la devoción francesa adolece de un exceso de pomada: está tan peinadita y tan peripuesta, que casi nos incomoda. Son antipatías de raza, que considero ocioso y hasta perjudicial combatir; importa que cada nación abunde en su propio sentido, y que se mantenga la variedad, base de la gran unidad católica. Lo innegable es que en Lourdes se revela en cada detalle el genio mañero, explotador é industrial de nuestros vecinos. Hospederías cómodas, con buena mesa y lechos blandos; frasquitos primorosos de porcelana y cristal para embotellar el agua; rosarios, medallas, imágenes y cruces; cirios y candelas de todos tamaños; un parque deleitable y unos paseos de lo más romántico y agreste; una abrigada cripta en que oír misa, confesar y comulgar; unos monagui-

llos limpios, guapos, vestidos con el roquete de encaje blanco y la sotana azul, como pajes de la Virgen que luciesen su librea y ostentasen sus colores; unos carruajes de alquiler corredores y descubiertos, en que dará gusto recorrer estas gargantas abruptas, y seguir la orilla del Gave, y ver ponerse el sol tras estos picos majestuosos... todo, en suma, arreglado y dispuesto para que el piadoso peregrino se encuentre como el pez en el agua, y ninguna molestia ó privación le vede saborear el recogimiento y la hermosura de Tebaida tan poética.

Ocho días los entretendría uno aquí con embeleso, ¡quién lo duda! Pero al emprender la vuelta á España, claro que las *saudades* de Lourdes ceden el paso á las de Roma. Allá, en las márgenes del Tíber, dejamos en prenda una porción importantísima de nuestro sér, aquélla con que percibimos el ritmo de la historia y del arte y conseguimos, con ayuda de la imaginación, vivir en los siglos muertos. De Roma me queda en el paladar como el dejo de un licor divino, del cual sólo me dieron á probar unas gotas; y tan luego como me sea posible, allá volveré á apurar la copa,—la copa de ágata, la copa en que van bebiendo por turno

poetas, historiadores, artistas, sin agotarla jamás.

Contaré lo que hice mi última noche romana, y nadie se ría de estas puerilidades. Había comido en el palacio Colonna, á la mesa del conde de Rascón, embajador de España en el Quirinal (una de las notas curiosas en mis apuntes de romera es que la gente del rey Humberto es la única que ha dado señales de advertir nuestra existencia, pues la diplomacia enviada al Vaticano nos ha mirado por encima del hombro, como á visita importuna). Iba diciendo que había comido á la mesa de los condes de Rascón, en aquel palacio vastísimo y espléndido, de techos artesonados, adornado con tapices de un precio fabuloso, con ricas armas orientales incrustadas de coral y turquesas. Durante la comida se habló de la superstición romana, que atribuye al agua de la fuente de Trevi, conocida por *Acqua Vergine*, la virtud de hacer que no se mueran sin volver á Roma los que la beben el día antes de su marcha, á las doce de la noche en punto. Y yo, al oír esto, manifesté bromeando mi propósito de cumplir el rito.

—Aquí la tiene usted,—me dijo el conde

tomando una botella y colmando mi vaso.
—La bebe ahora y no necesita molestarse. Nosotros siempre gastamos de esta *Acqua Vergine*.

Me callé, guardándome mi intención. Abandoné el hospitalario palacio un cuarto de hora antes de la media noche; miré el reloj, y mandé al cochero:

—*Alla fontana de Trevi.*

Obedeció sin replicar, porque un cochero romano adivina los caprichos de los extranjeros; la *fontana* estaba á dos pasos: bajéme, y, desnudándome el guante, metí la palma en el pilón y acerqué á mis labios la linfa, más que fresca, helada... Oí por espacio de un minuto ese ruido sonoro, plateado, del raudal que se despeña en los tazones de granito; volví á tomar un sorbo de *Acqua Vergine*, y murmuré:

—Hasta la vista, Roma.